

## Concurso de relatos del 22 de diciembre de 2023

Segundo premio de la 2ª categoría: Miguel Ángel López Morales.  
2º BACHILLERATO E

“Plástico”

*La ciudad ardía.* El asfalto olía a quemado. Las chanclas negras de plataforma se me pegaban a la planta del pie como garrapatas a la piel de un perro.

No me concentraba en nada más que en un sonido tras mis pisadas, como un condón sin lubricar o una falda de látex ante la fricción de los muslos. Ese era el sonido.

Yo no solía llevar estas cosas, pero había sido un regalo ¡y una nunca desprecia un regalo! Me lo encontré un día en Correos, mientras dejaba unos paquetes para una clienta de Vinted. Vivo en un pueblo pequeño, en una casita sin número en el campo, por lo que todo lo que me llega es depositado allí, en una cajilla con mi nombre.

Las sandalias fueron el primero de muchos regalos. Al principio pensaba que eran cosas que había pedido. Después de la tetera estaba convencida de que alguien tenía muy poco clara su dirección. Después de encontrar, a las pocas semanas, el cráneo de una rata, dejé de mirar lo que había.

No me malinterpretéis, me encantó. Iba mucho con mi estilo y, de hecho, ese día lo llevaba puesto en el pelo. Sin embargo, empezó a darme mucho repelús todo el asunto. La próxima será sangre o un dedo y, sintiéndolo por el desgraciado regalante, el gusto por la carne humana no ha aflorado en mi persona; por ahora.

El vestido se me pegaba al cuerpo. Iba toda de negro, incluso el maquillaje y el pelo, ¡oh!, el pelo... Como Alaska antes de volverse gilipollas. Por último, iba coronada por mi blanca amiga, a quien bauticé como Tina. Mi intención era parecer una Boham Carter del contenedor y lo había conseguido.

Las cuestas me costaban al igual que algún matorral, pero más tarde que pronto subí a la ermita. Iba tan sumamente guapísima porque mi prima Eli se casaba. Yo la quería mucho, aunque éramos prácticamente opuestas.

Ella era un tulipán malva y yo una rosa negra. Cuando nuestra abuela, quien nos crió, estaba a punto de morir, mi prima le pidió el casoplón donde vivíamos frente al Ayuntamiento; yo, el terreno de la Francisca, para vivir a mi rollo, sin nadie que se pasase por mi calle a ver qué se veía por el visillo.

Poco después conoció a un gañán, digo galán, y en tiempo récord se comprometieron. Con un anillo feo en mano se quitó el luto y, con una risa boba me dijo: “Como tú vas siempre de negro, ya haces tú luto por las dos”.

La vi en la puerta. La muy pérfida iba de rosa, que no de blanco, con una tiara horrorosa de brillantes. Rubén, el galán, esperaba dentro junto a Paco, el cura del pueblo. Eli esperaba fuera a que yo entrase y a que el tío Jacinto la llevase al altar, el hermano más pequeño, y vivo, de nuestros difuntos padres.

Me miró muy mal, pero no dije nada y entré en silencio. Todos me miraron fatal, no sé si por ir tarde o con Tina. Tampoco los culpo.

Los tobillos me tambaleaban un poco, las sandalias eran cada vez más inestables, pero tenía que aguantar el tipo un poco más.

La novia entró casi solemne y en un momento se plantó frente al padre. Él empezó con todo su rollo; luego de unos cuarenta minutos yo no aguantaba más.

No quedaba casi nada, estaba a punto de cantar victoria, aunque todo era una ilusión: una gota de sudor me bajó hasta la nariz y, sin poder frenarlo, estornudé. Mis zapatos cedieron, la suela se desarmó y Tina fue directa al espacio entre los labios de los pronto cónyuges.

Eli besuqueó apasionadamente la cuenca izquierda de aquel cráneo y al abrir los ojos pegó un grito. Estaba extremadamente asqueada y le faltó voz para correr y piernas para gritar.

Salió casi despedida del templo tropezando con el tul melocotón de su cola, rodando monte abajo. Hecha un andrajo, aunque en pie, desorientada chocó contra un contenedor de basura, dando un brinco que la propulsó dentro de él y haciéndole estrellarse contra el Peugeot gris del tío Jacinto, cuyo capó se abrió mientras la alarma ensanchaba su diafragma cual diva para entonar su canto ensordecedor.